





# Cinco autorretratos en ausencia





# Cinco autorretratos en ausencia

Leopoldo Orozco



**FÓSFORO**

COLECCIÓN DE LIBROS DE LA CAJA DE CERILLOS 8

Leopoldo Orozco | *Cinco autorretratos en ausencia*

Primera edición: septiembre, 2021

Segunda edición: noviembre, 2022

Diseño editorial:

Luis Fernando Rangel

fosforocuu@gmail.com

Fósforo. Literatura en breve.

La literatura y las ideas son libres. ¡Que corra la voz!

¡Que ardan los fósforos!

Editado y producido en Chihuahua, México.

*para Luis Paniagua*



## Brian, cantante ruso

*Dreams give us more than we ask*

Anne Carson

*para la profesora Natasha*

Siempre hay espacio en nuestra vida para las ambiciones inútiles. A lo largo de mi vida, en diferentes momentos y con diversas intensidades, quise ser sacerdote —ambicionaba su vida apacible y melancólica, su encierro distante, su existencia tan desapegada a los vicios y tan volcada hacia los otros, ciertas certezas que he perdido a lo largo de los años—, quise también ser trovador —gracias a las canciones de Silvio Rodríguez que ponía mi padre cuando yo era niño—, quise ser médico como mi madre, científico como

mi padre. Cuando perdí todas mis ambiciones, en algún momento de la vida, quise ser administrador de empresas, pues cuando uno queda completamente vacío de pasiones, sólo queda la ambición por el dinero. Las considero a todas ambiciones inútiles, pues solamente sirvieron para alimentar mi imaginación con futuros posibles y nunca me llevaron a nada. Algunas de ellas fueron tan mías como cualquier sueño, las cultivé y las amé como si de verdad hubieran de llevarme a la plenitud.

El sacerdote que me bautizó, al verme, dijo que yo sería el primer papa mexicano. Ahí quedaron mis ambiciones de serlo. Aprendí a tocar guitarra y le dediqué años, pero nunca como un Silvio. Las historias que escuchaba de aquél astrofísico que conoció mi padre y que comenzó como conserje en un observatorio nunca se vieron materializ-

zadas en mí, nunca fui el virtuoso escondido bajo el disfraz del insignificante. Mis ambiciones, tal vez demasiado grandilocuentes, de llegar a hacer algo sublime se truncaron todas, tal vez por alguna escondida propensión al autosabotaje, tal vez por falta de talento o de disciplina.

Esas pasiones extrañas que cultivamos a escondidas, que nunca mostramos a nadie y que parecen estancarnos en la soledad, son las ambiciones inútiles. Nos iluminan por momentos, parecen valer la pena y, en muy contados casos, pueden llevarnos a rozar la túnica del talento. Pero, al quedar ocultas en nuestros ratos libres, detrás de la puerta cerrada de nuestras habitaciones, sólo sirven para mentirnos y hacernos soñar.

Sólo un par de veces he visto en la vida, como si se tratara de eclipses o de los prover-

biales rayos que caen dos veces en el mismo sitio, algunos de esos talentos ocultos que florecen ante mis ojos.

En un afán de perseguir esos deseos fugaces, empecé a estudiar la lengua rusa. Los ensayos de Sergio Pitol sobre Marina Tsvetaieva y la casa de Pushkin en *El viaje* me mostraron una literatura que yo desconocía. Lo leí con absoluto deleite, y comencé a leer toda la literatura rusa que cayó en mis manos. En una visita a la librería Jorge Cuesta, en el corazón de la Ciudad de México, conseguí un libro de cuentos rusos en su lengua original.

El alfabeto cirílico deja pasmado al lector hispanohablante, pues sus formas parecen, a simple vista, reconocibles, hay una distinción entre palabra y palabra, entre párrafos, cosa que no nos pasa con el árabe o el chino. Pero

la inquietud surge con los caracteres nuevos, la я que suena a ya y que no es una erre invertida; el sonoro cuatro que parece ser la ч; las irreconocibles ю y ф, la primera con aspecto de letra paleolítica, como dos caracteres que no han terminado de evolucionar y separarse, y la segunda, huella ancestral de un perro griego; y la p que no es pé sino erre. Me descubrí en medio de una pasión frustrante, intentando presionar con dificultad en un teclado virtual esos nuevos caracteres, intentando averiguar de qué autor se trataba, qué textos contenía esta rareza bibliográfica.

Cuando logré dilucidar el nombre, me regocijé: H. B. ГОГОЛЬ. Gógol. *La nariz, El capote*, cuentos que yo habría leído años atrás, en mis inicios como lector, cuando leía sin saber de lo que pasaba frente a mis ojos y de los que no recordaba nada. Después con-

seguí también una edición de los *Cuentos del río Mur*, cuyo autor, Dmitri Naguishkin, es prácticamente desconocido en nuestra lengua. Todas estas bellas historias, por ahora inaccesibles a mi entendimiento, están todavía en mi estantero sin leer, a la espera de que yo termine de aprender su sonido.

En mis tiempos libres, sólo compartiendo mi asombro con un par de amistades, aprendí los sonidos del alfabeto y logré balbucear mis primeras palabras.

El semestre en la universidad estaba a punto de empezar, y caí en cuenta de que, en mi calidad de egresado reciente, aún tenía derecho a cursos de idiomas gratuitos. No sin dificultad, me inscribí al curso de ruso. La maravilla comenzó desde la primera clase: la profesora parecía no comprender una sola palabra de

español. Después nos enteraríamos de que fingía no entendernos, para ahuyentar a los que no estuvieran de verdad interesados, para obligarnos a entrenar el oído. Así comencé la aventura que implica la adquisición de una nueva lengua.

Los últimos días del semestre se acercan. Ya soy capaz de conjugar un par de verbos, aunque todavía no puedo sostener nada parecido a una conversación. Cuando veo a un compañero del grupo fuera de clase, lo saludo en mi lengua nueva. Ya cocinamos el *borsch*, esa sopa de un intenso color escarlata, de betabel. En la última semana hemos visto pequeñas películas, matrioshkas, gorros militares de clara evocación soviética. Pero lo que más quedó en mi memoria fue la visita del extraño personaje que describiré a continuación:

La profesora, en sesiones anteriores, nos había anticipado una sorpresa. Ese día llegó acompañada por un chico alto y grueso, de cabello largo, crecido irregularmente alrededor de su cabeza y una barba corta que le cubría toda la piel del cuello. Iba vestido como un muchacho de preparatoria, aunque después supimos que estudiaba pedagogía en la misma facultad en la que nosotros estábamos. Llevaba un atuendo de vibras *heavy metal*, tenis desgastados. Parecía estar permanentemente avergonzado de algo. La profesora no paraba de decir голос оперы, голос оперы. Lo exhortó a que se presentara. Пожалуйста! Пожалуйста! Su rostro se tornó rojo. Tuvo que hacerlo la profesora por él. Su nombre era Brian. Se habían conocido en el camión hacia el metro. La profesora se había subido a la unidad, exhausta. Sin

darse cuenta, saludó al chofer en ruso. En ese momento, Brian saltó de su asiento para ayudarla. No sabía ruso, pero sabía reconocerlo. Pensó que la profesora no traía para su pasaje y balbuceaba, nervioso, intentando ofrecerle algunas monedas. Ella se enterneció con el gesto. Se sentó a su lado y habló con él todo el camino.

Brian le contó a la profesora que no sabía ruso, pero era un apasionado de la música soviética. En algún momento y por decisión del más puro azar—así como yo y mi lectura de Sergio Pitol, mis encuentros con Gógol y Naguishkin— conoció las canciones de Eduard Khil. Lo conmovieron sus tintes épicos, llenos de un orgullo desconocido para nosotros, sus inflexiones melancólicas y duras. De ahí pasó a las marchas del coro folclórico militar soviético, el trepidante

*Kalinka* y su tersura de tragedia operística. Desde entonces, aprendería de memoria a repetir docenas de canciones y de himnos, lograría —poco a poco, así como yo— descifrar el alfabeto y seguir con él la letra de cada composición. Desconocía el significado de lo que pronunciaba, sólo sabía decir a voluntad ciertas frases, ciertas palabras elementales. Pero el sentimiento de triunfo y de fortaleza que transmitían las canciones que cantaba quedaban intactas en sus labios, sólo hacía falta oír su voz para olvidar que este muchacho temeroso y con sobrepeso no dominaba la lengua de Pushkin.

Después de conocerlo someramente, todos nos sentimos sobrecogidos y desconcertados. Comenzó el prodigio. Sin orquestas multitudinarias ni bailarinas a su alrededor, Brian comenzó a entonar el *Invierno* de Khil.

La profesora tenía razón. Голос оперы. Voz de ópera.

Mientras cantaba, su mirada se mantuvo todo el tiempo clavada en el suelo del salón. Su rostro estaba totalmente ruborizado por la vergüenza. Pero se veía feliz. Vi en sus ojos que quería la aprobación de mucha gente, que su autoestima —como la mía, en algún momento de mi vida— estaba por los suelos, y que su refugio estaba en cantar canciones rusas. Vi que, por primera vez, alguien más oía la voz que él cultivaba en solitario, porque a nadie más le interesaba escucharla. Por primera vez, pudo ejercer su inútil pasión en un sitio donde no parecía tan inútil.

Mientras escribo estas últimas líneas, escucho *La tumbona* de Paco de Lucía. Así como el malogrado de Bernhard escuchando a Glenn Gould, quedo pasmado ante un

virtuosismo que ya no estoy en condiciones de alcanzar. Ese éxtasis en su mirada nunca podrá ser mío. Mi guitarra está arrumbada en algún sitio de mi departamento, y hace meses que no la saco de su estuche. Hace años que no abro una Biblia en busca de palabras de aliento. Pero algo me consuela: en algún momento de mi vida, pensé que la literatura era también una pasión inútil. La he cultivado, también, en solitario, escribiendo líneas que sólo leen unos pocos. No soy un virtuoso de la escritura, ni pretendo serlo. Pero aquí estoy, frente al lector, cantando mis primeras piezas.

## 5:30

*para mi hermana y mis padres*

Le dije a mi hermana que necesitaba un reloj de pulsera, no importaba si digital o analógico. Al parecer, la venta de relojes de pulsera ha disminuido drásticamente a causa de la popularidad de los teléfonos celulares. Pero el hecho de sacar el bendito aparato del bolsillo me parece impráctico e inseguro. Además, cuando uno es profesor, es difícil exigirle a los alumnos que no saquen el celular todo el tiempo cuando uno también lo hace, para calcular el tiempo de cada lección.

Cuando mi hermana terminó de escuchar lo que pedía, sacó un plumón negro de su paquete y dibujó un reloj alrededor de mi muñeca izquierda. En el centro, justo donde se unen los dos huesos de mi antebrazo, dejó

un rectángulo de piel sin pintar. Consultó la hora en el panel del carro en el que íbamos y ajustó mi nuevo reloj, escribiendo con cuidado los dígitos en donde tenían que estar. Eran las cinco y media.

Lo curioso, le habría de comentar después, es que este nuevo reloj es más exacto que el mío, integrado de fábrica, basado en la ya anticuada observación de los astros —más bien del sol, el único de los dos astros que logro identificar en seguida—. Puedo ver el cielo y pensar: *son las tres de la tarde*. Pero nunca acertaré la hora correcta y concertada hasta lograr un golpe de suerte. Sin embargo, este reloj gratuito, tatuado por un tiempo a mi piel, me dirá la hora exacta dos veces al día, por dos minutos exactos.

Además, todo objeto sensible es perfecto en cuanto a que su forma y su condición

responden a la realidad que contienen. Un reloj caro, con piezas de oro y acero inoxidable, me parece por lo menos sospechoso, puesto que expresa algo efímero, un recurso finito que se renueva poco a poco. Los relojes suizos y de marcas altisonantes pueden durar generaciones, pero los minutos que marcan siempre se terminan como el agua vertida en un cántaro roto. Pienso de nuevo en mi reloj de piel y de tinta: me durará unos días de baño diario y jabón de manos. Poco a poco se va desvaneciendo, no podrá darme la hora correcta más de tres o cuatro veces. Mi reloj nuevo, mientras más lo observo, más se borra. El tiempo hace mella en él tanto como en mí.

Llegará el momento para terminar de escribir y empezar a caminar hacia el próximo compromiso, la próxima tarea. Este reloj me dice: puedes no apresurarte tanto, como la

vida en la ciudad lo exige, y pensar, de todos modos no llego, ya son las cinco y media, o bien puedes pensar también que, en la vida y en todo lo demás, da lo mismo qué hora es, siempre es buen momento para hacer cualquier cosa.

Instintivamente, miro mi reloj para ver la hora. La marca de tinta casi se borra por completo. Pero sé que ese momento quedó fijo tanto en mi piel como en esta memoria prostética que es la escritura: el momento en el asiento trasero del carro, mientras ella escogía el plumón necesario y dibujaba esta figura tan fugaz en mi muñeca. Este reloj único congela el tiempo en vez de hacerlo avanzar: no importa qué tanto la mire, mientras esta marca dure, la hora siempre será la misma.

## Tratado de la observación informal del cielo

*y no dejó encendida bajo el cielo  
más que la obscura lumbre de sus ojos*

**Concha Urquiza**

*In the window, constellations of summer.  
Once, I could name them.*

**Louise Glück**

Siempre me enorgullecí de poder observar el cielo nocturno e identificar de inmediato la constelación de Orión. Aunque, en términos de utilidad cartográfica, tal vez me sería más útil la identificación de la estrella del norte, Orión ha sido el único conjunto estelar en el que he podido ver la silueta de lo que su nombre indica: las estrellas de su cinto, engarzadas en el cielo como un anillo de bronce, perfectas

en su triada simétrica; abajo, el resplandor en la punta de una espada envainada; encima, los hombros de un guerrero formidable, uno más alzado que el otro, como si estuviera a punto de asestar el último golpe a una bestia sometida a sus pies o en posición de victoria como la estatua de Rocky Balboa — otro guerrero formidable— en Philadelphia.

Ver las estrellas siempre había significado para mí la búsqueda automática de Orión. Pero, desde hace algún tiempo, no he podido encontrarlo, como si mi ojo se hubiera des-acostumbrado a su presencia. Esto, de alguna forma, me aterra: me obliga a mirar el mapa celeste en su conjunto, como un todo. Mi ojo se pierde en ese mapa, como si estuviera lleno de unas instrucciones que ya no entiende. No tiene un lugar a donde ir, ningún punto de referencia. Como si mi ojo fuera alguien

que hubiera apenas bajado del avión en una ciudad extranjera, y Orión, el único amigo conocido en el lugar y que, además, quedó de recogerlo, no apareciera por ninguna parte. O peor, como si de un segundo a otro el aeropuerto desapareciera, se esfumara en el aire, y no quedara frente a su vista más que calles y calles sin señalamientos ni nombres.

Y es que esa sensación de asombro ante lo inconmensurable también la tengo con el mar —aunque, a escala, el mar es al cielo lo que una célula al planeta más inmenso—. Pero el mar nunca está en calma. Cada ola es completamente distinta a la que la precede. ¿Será posible que, si en el mar hubiera una sola ola —una sola— que no cambiara nunca, podríamos habitar el mar con la misma displicencia con la que habitamos tierra firme? Más bien, mi Orión es al cielo lo que una

isla ya cartografiada que se derrumba desde lo más profundo.

El no encontrar a Orión en ningún sitio me hizo preguntarme si acaso mi vista no habrá resentido de más el uso. Tal vez mis ojos —a fuerza de acabármelos frente a la luz de la pantalla que proyecta un pdf mal escaneado, frente a la demasiado luminosa página en blanco de un documento word— ya me están pasando esa factura cuyo pago llevo postergando demasiado tiempo. Me pregunto si sería prudente aseverar que una constelación es finita en los ojos de un individuo, y que en realidad lo que se desgastó no fue mi pupila, sino el mismo Orión: que las estrellas seguirán igual de brillantes toda mi vida, pero las líneas que las unen, como todo lo humano, se desgastan de tanto mirarlas.

De algún modo, todo esto forma un rasgo

que constituye una de las diferencias fundamentales entre el ser humano y los otros animales. Sólo nosotros podemos perdernos en sitios en los que no estamos. Sólo nosotros podríamos sentirnos abandonados por un cúmulo de estrellas en eterno movimiento, sin relación verdadera entre sí, y que en realidad no han desaparecido nunca del cielo; que sólo nos abandonan porque ya no sabemos encontrarlas.

O tal vez, a mis casi veinticuatro años, mis ojos han aprendido una lección a la que yo apenas estoy acostumbrándome, como cuando uno cambia de lentes y el nervio óptico se adapta poco a poco: tal vez mis ojos averiguaron cómo ver todo el cielo y no sólo una parte del cielo.

Me pregunto cuántas otras cosas aún estoy por aprender a mirar.

## Dos lectores paralelos

*La lectura es una inmortalidad hacia atrás.*

Umberto Eco

A veces tengo la sensación de que, si yo muriera repentinamente, sin avisar a nadie de ningún malestar ni premonición, sin ningún testamento ni nota final para los que me amaron, mis sobrevivientes podrían tomar todo lo que he escrito, todos los libros que tengo —tanto los que pude leer como los no leídos, los que adquirí tan solo para acumular polvo en algún sitio—, podrían tomar todas esas páginas tan susceptibles al fuego y al agua, y con ellas reconstruir lo que alguna vez fue mi consciencia. Cada párrafo escrito y leído es lo que quedaría de mí después de la infinita resta que es la muerte. Por eso, cuando conozco a

un lector que se vuelve mi amigo y éste me invita a su casa, siempre pongo atención a sus libros. Esas afinidades tangenciales, esa meticulosidad en la elección de una biblioteca personal y finita —fatalmente finita, pues todo lector se enfrenta en algún momento con el hecho de que nunca podrá leerlo todo— es una expresión fiel de nuestra consciencia, de lo que somos más allá de lo que decimos.

Por eso, mi relación con los libros que adquiero es siempre complicada. Por un lado, esa elección implica, más allá de lo monetario, dejar entrar en este mundo personal de interrelaciones literarias una idea nueva, valiente, extraña. Nuestro sentido más tribal siempre lucha contra la inclusión de lo nuevo a lo conocido. Pero lo que más me ha intrigado siempre es nuestra relación con los libros usados.

En un principio, el libro que compramos nuevo —como objeto de su propia historia— sólo tiene la vida previa de haber sido impreso y empaquetado. Si no contamos a las máquinas y a un par de maquetas, posiblemente esas páginas exactas nunca han sido vistas por otro ser humano al momento de que rompemos el celofán y abrimos el nuevo volumen. Pero las librerías de viejo son un catálogo —un collage, si se quiere— de cientos de almas distintas. Si un libro se encuentra en las estanterías de una

librería de viejo es porque alguien, en algún momento, se interesó por él y lo salvó de ir a parar a las bodegas de la editorial madre o a las fauces de una recicladora de papel. Hay que decirlo aunque suene obvio: todo libro viejo fue alguna vez un libro nuevo.

Por eso confío más en las librerías de vie-

jo: por muy malas que sean, por mucho excedente que pueda encontrarse entre sus mesas de rebajas, todos esos libros fueron escogidos por alguien. A veces, hasta por más de una persona. El apostar por un libro nuevo es un riesgo, pero el escoger de entre esos lomos gastados por otras manos, el pasar los ojos por esos surcos en donde pasaron ya otros ojos, es una responsabilidad; en un principio, porque los libros viejos suelen acabar más en Donceles por necesidad que por libre elección. Los lectores —salvo honrosas excepciones— solemos ser aprehensivos y temerosos. Cuando nos vemos obligados a deshacernos de una parte de nuestra biblioteca, siempre nos lleva de la mano una necesidad, un sueño o una tragedia. Las necesidades suelen ser obvias: ya no tengo más espacio, mis hijos los usan para colorear y los maltratan, o vendo

este volumen o mañana no pruebo bocado. Los sueños son menos comunes: Sergio Pitol vendió toda su biblioteca para pagarse el viaje a Europa; de ese viaje saldrían libros extraordinarios que ahora alimentan las bibliotecas de otros. Las tragedias son las que, a veces, me hacen sentir intranquilo: por ejemplo, el abuelo que atesoró cientos de volúmenes y murió sin dejar dicho qué se hace con ellos; los hijos que los venden por kilo o por volumen.

Nunca pensé en esto hasta que me pasó algo curioso. Los libros de bibliotecas personales suelen venir acompañados de la firma del dueño anterior. Eso me gusta, pero nunca me dice mucho. Después de todo, un nombre es sólo un nombre, no nos dice mucho del que lo porta. Pero me sucedió que alguna vez compré tres libros de la misma persona

sin darme cuenta. Los tres volúmenes son de tres autores distintos y de distintas editoriales, pertenecientes a tradiciones distintas; Yo el Supremo, Augusto Roa Bastos, paraguayo, boom latinoamericano; Huésped para una noche, S. J. Agnon, premio Nobel israelí; Señas de identidad, Juan Goytisolo, exiliado español en África, postguerra. Los primeros dos, en ediciones impresas el mismo año. Los tres una afinidad estética a lo complejo, al largo aliento, a la comprensión de un siglo XX en llamas a través de la observación del pasado. Sé que son de una misma persona porque en todos encontré, entre las páginas amarillentas, recortes del mismo periódico. No sé qué tan recurrente haya sido esta práctica en los lectores de las generaciones más inmediatas a la mía, pero me parece difícil creer que libros tan parecidos y adquiridos

todos en librerías de viejo tan cercanas no vengan de la misma biblioteca personal, considerando este rasgo tan nimio, tan vano, con el que yo he decidido conmovirme: los recortes están cuidadosamente delineados, doblados casi con amor entre las páginas.

Sin saberlo, guiado sólo por esa afinidad estética parecida a este lector paralelo a mí, tres libros suyos fueron a parar entre los míos. Me pregunto cuántos libros no tendríamos en común si pudiéramos conversar, atravesando el velo de la historia y las generaciones. Me pregunto cuántos recortes de periódico hallaría alguien más entre mis libros si mi generación todavía tuviera la costumbre de leer los periódicos. Y si yo me diera a la tarea de salvar a esta alma afín de la entropía y la dispersión, si lograra juntar íntegra esta biblioteca llena de recortes de periódicos, tal

vez de fotografías o de recibos, de firmas y dedicatorias, si mi fatalmente limitado esfuerzo pudiera reconstruir lo que alguna vez fue su consciencia, me pregunto si sería capaz de oír alguna voz, me pregunto si alguien sería capaz de decirme con certeza, mirándome a los ojos a través de las páginas, sigo aquí.

## Sobre la posibilidad de un autorretrato

*Si hubiera yo pertenecido a esas naciones que se dice que viven todavía bajo la dulce libertad de las primitivas leyes de la naturaleza, te aseguro que me hubiese pintado bien de mi grado de cuerpo entero y completamente desnudo.*

**Montaigne**

Anoche hablaba con una pintora sobre los tatuajes. Ella, como toda gran artista, tiene un talento especial para escoger el símbolo justo: todos sus tatuajes me parecen bellos, tan personales como sólo pueden serlo los signos más secretos, más escondidos. Me dice que el primer tatuaje, para el que se lo pone en su piel, siempre es el que cuesta más trabajo. Así como la página en blanco antes

de empezar a escribir en ella, una piel lisa y sin marcas me parece abrumadora en sus infinitas posibilidades. Cualquier primer paso se siente más definitivo que el segundo, más terrible en su condición de acto primigenio. Así como lo sabía muy bien la mariposa de Bradbury, cualquier pequeña variante en un primer paso puede determinar el desastre del último.

Hablábamos sobre qué tatuajes me haría, pues ella tiene la máquina y las tintas. En realidad, como estoy enfermo de literatura, sólo puedo pensar en tatuarme versos. Algunos poetas me han cambiado la vida con sonidos que cabrían en una línea de telégrafo o, el equivalente de nuestros días, en un audio de WhatsApp. Y como soy un aficionado del epígrafe (que es *una liberación espiritual dentro de la fealdad y pobreza de las formas litera-*

*rias oficiales, y deriva siempre de un impulso casi musical del alma*), no pude evitar pensar en cómo el epígrafe y el tatuaje se interrelacionan de formas tan profundas. Como si estos versos que me han acompañado a lo largo de toda la vida no fueran más que epígrafes que acompañan al texto que soy yo, que me contiene y me compone.

Por lo tanto, escribir un autorretrato digno, en otros sentidos que no fueran los meramente físicos o visuales, consistiría para mí en el descubrimiento de ese texto que sólo conozco por sus epígrafes. Porque así suelo escribir ensayos: invento un título provisional y selecciono un epígrafe que tenga que ver vagamente con la idea. Conforme pasan las páginas, a veces mis propios devaneos retóricos me hacen perder el norte. Entonces, vuelvo la mirada hacia el epígrafe: un opaco

faro que me recuerda a cada momento qué tanto me he alejado de la proverbial costa; como las marcas que hacen los alpinistas en la piedra para no olvidar en dónde estuvieron.

La dificultad del rastreo de mi autorretrato está siempre en esa indeterminación. Si supiera dibujar como un artista, en pleno conocimiento de las técnicas visuales, tal vez me bastaría con dibujarme de cuerpo entero y completamente desnudo, en diferentes ángulos al mismo tiempo. Pero un mero dibujo sería lo que la sombra al prisma: una proyección que pierde, por lo menos, una de sus dimensiones.

Entonces, ¿cómo logro autorretratarme? La frase más famosa de Sergio Pitol es, a la vez, un autorretrato de su persona: uno es una suma mermada por infinitas restas. Creo que el único autorretrato fidedigno sería el conteo

completo y fiel de todas las restas que nos componen, con las cuales, en un ejercicio de ingeniería a la inversa, podríamos recomponer eso que fuimos en cualquier momento. Ese es el único posible. La ilusión de integridad que tiene, por un momento, un cubo que se dibuja con líneas a lápiz. En resumen, un autorretrato en ausencia.



## CONTENIDO

### *CINCO AUTORRETRATOS EN AUSENCIA*

Brian, cantante ruso

5:30

Tratado de la observación informal del cielo

Dos lectores paralelos

Sobre la posibilidad de un autorretrato

Cinco cerillos altamente flamables

## **Leopoldo Orozco (1996)**

Narrador, ensayista y traductor nacido en Ensenada, Baja California. Editor de la revista literaria *De-lirio* de 2018 a 2021. Su obra ha sido publicado en medios como *Quimera*, *Liberoamérica*, *Tintero Blanco*, *Punto en Línea* y *Blanco Móvil*. Es autor del libro de minificciones *En la cuerda floja* (Reverberante, 2020). Participó en el XI Curso de Creación Literaria Xalapa 2019 de la Fundación para las Letras Mexicanas, en el área de ensayo, y resulto finalista en el XI Premio de Relatos para Jóvenes otorgado por la Universidad Camilo José Cela (Madrid) en la categoría de estudiantes de Hispanoamérica.



*Cinco autorretratos en ausencia* de Leopoldo Orozco se terminó de imprimir el mes de noviembre de 2022 en la ciudad de Chihuahua en los talleres de SANGRE EDICIONES por FÓSFORO dentro de LA COLECCIÓN DE LIBROS DE LA CAJA DE CERILLOS. El tiraje constó de 50 ejemplares.



